

## El precursor y apóstol del soviét

= De la Revista de Occidente, Madrid. =

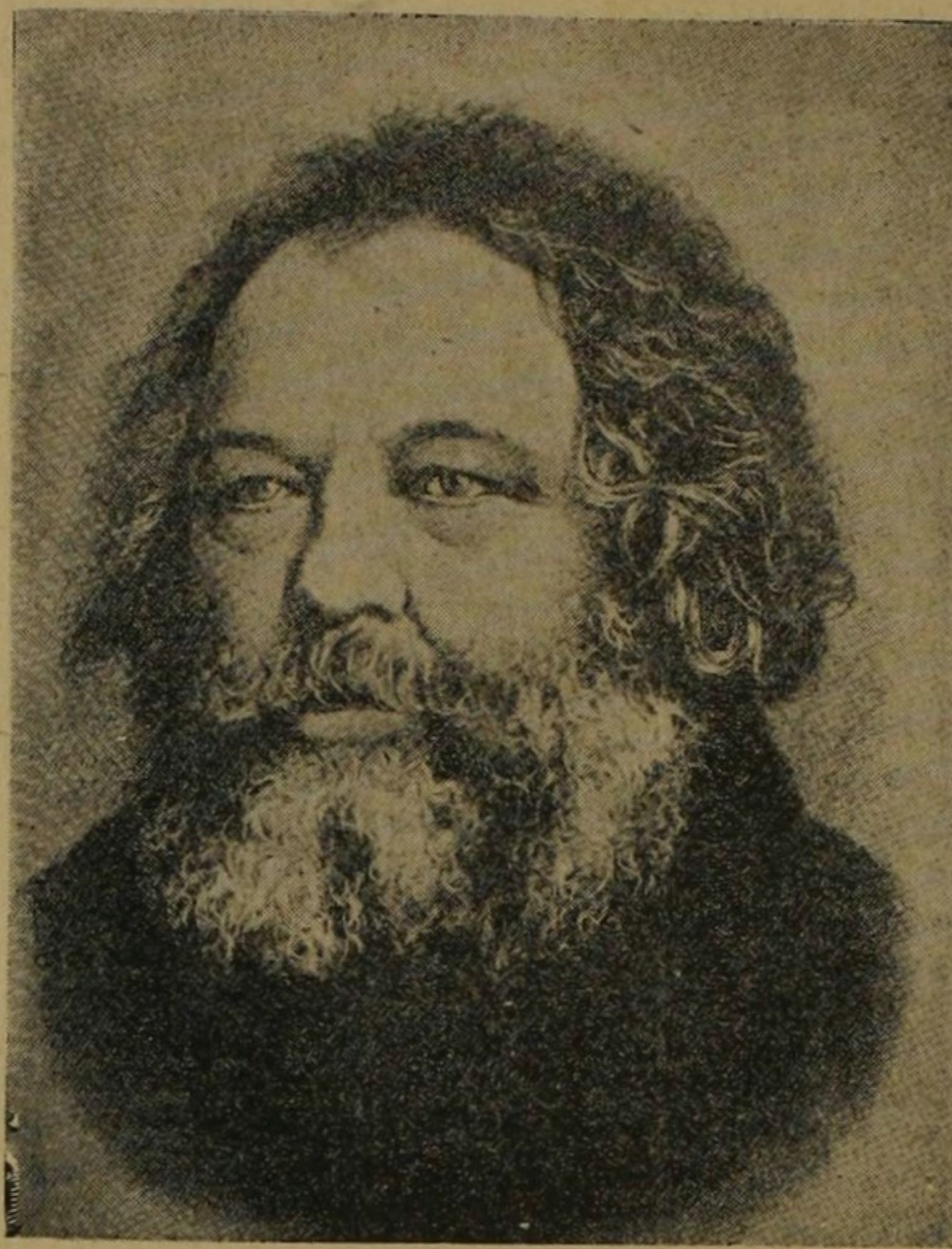
HÉLENE ISWOLKY.—*La vie de Bakounine*. Ed. n. r. f. Paris, 1930.

Las revoluciones como productoras de tipos son algo maravilloso. Únicamente las luchas religiosas, la religión en su pureza pasional, puede competir con aquéllas en floración de tipos. Un revolucionario, cuando llega a traspasar esa frontera que separa el idealismo de las teorías de la acción violenta, aunque no haga más que rozar esta clase de actividad, deja de ser un hombre. Se convierte en ente. Un ente de abstracción (y dedicación) que, como puro «soplo», funciona dentro de un cuerpo. No todo revolucionario necesita para realizar su programa el empleo de los medios terroristas. Pero en todo revolucionario auténtico encontramos en mayor o menor grado el placer de la violencia. No conciben la belleza de la vida discreta. O la conciben despreciándola. Y, desde luego, no les importa. El orden, ese hallazgo perfecto de la prudencia social, causa náuseas en hombres como Robespierre, Blanc, Orsini, la Kaioskaia—que era mujer—, el formidable Nataviewsky—de que habla Hélele Iswolsky—Bakounine. Y cien más, y mil más. Es decir mil, tal vez es abusar un poco. La historia no prodiga la celestial caterva de sus monstruos.

Ellos sueñan un orden en *orden* a la suprema categoría ética: el amor entre los hombres. Pero ¡cuánta belleza moral mezclada con barro asquerosos muestran estas almas, llenas de inocencia y de martirio! Miguel Bakounine puede llevar dignamente palma aurífica en esta procesión de soñadores. Nació y vivió tenso de heroísmo. Un cuerpo de gigante ruso, enfermo de impotencia sexual—eunucoide—enfermó su vida adolescente con revolución psíquica, prenuncial de la otra. La pasión que experimentó hacia su hermana Tatiana, a la que quizás hubiese hecho venturosa con el incesto si Miguel hubiera podido y querido consumarle, le impidió ser feliz en una época decisiva; en la época en que ser feliz implica, tal vez, no ser luego revolucionario. O serlo, probablemente, de cierta manera.

Todo lo contradictorio y catastrófico de la existencia de Bakounine emerge de dos amores física y líricamente insatisfechos: el que sufrió en plena pubertad bajo el techo paterno y el que hubo de malvivir en su madurez con Antonia. Este matrimonio blanco lo realiza Bakounine en Siberia, después de nueve años de presidio y poco antes de su novelesca fuga.

Cuando traba relación con Antonia era ya un hombre desdentado con grandes barbas y una iracundia en el espíritu que no logró vencer jamás sino poniendo su esperanza en la revolución. Soñaba con manejar la dinamita como elemento de persuasión al mismo tiem-



Miguel Bakounine

po que ejercitaba una complacencia matrimonial heroica. Creyó, sin duda, rescatar con su sacrificio una ternura por parte de su mujer—joven, mediocre de sensibilidad, lasciva—que nunca logró. Los cuernos de Bakounine fueron algo digno. Algo poéticamente conmovedor, muy por encima o muy debajo de toda clase de burlas. Ellos obraron de algún modo como estímulo de ideas ardientes y fecundas. Como acicate de su acción de apóstol de barriada, cuyo verbo creó rebeldes, hizo sangre. Bakounine organizó importantes movimientos revolucionarios en Alemania, Austria, Italia y Francia, y, sobre todo, en Rusia.

La Primera Internacional ostenta entre sus nombres lapidarios, entre sus iniciadores, el nombre—sencillo y soberbio—de «Miguel Bakounine».

Al lado de Bakounine, lucha en numerosas ocasiones Carlos Marx. Por la inteligencia y la preparación científica en los problemas sociales, la figura del autor de *El capital* supera a la del poderoso agitador. Temperamentalmente nadie era superior en rebeldía a Michail Alexandrovitch. «Miguel vehemente, ardid, quimérico; Marx helado y metódico», señala H. Iswolsky.

Las ideas en Bakounine eran frecuentemente confusas y contradictorias. Su

Antonio Espina

mentalidad eslava se hallaba sometida a una alternación de fulguraciones extremas. Esto es lo que no pudo tolerarle jamás el gran científico, el gran sistematizador de la Primera Internacional. A Marx le irritaban las ingenuidades caprichosas y truculentas del fanático ruso. No obstante la obra puramente revulsiva llena de rasgos desesperados, de rabiosos ataques a la burguesía—*Catecismo del revolucionario*—y de agitación, tiene su importancia y así lo han reconocido luego los doctrinarios del soviét, considerando a Bakounine como su precursor y su apóstol. A pesar de sus caídas y sus yerros, no cabe duda que Bakounine hizo por la causa de la revolución proletaria una labor inmensa. Sobre todo, en la Rusia de los últimos zares su influencia fué decisiva. Se filtró en la Universidad, en las fábricas, en los cuarteles. Encendió en el romanticismo de la insurrección y la violencia los mejores espíritus de Rusia y armó el brazo de muchos de esos tipos ejecutivos, de esos preciosos seres enfermizos cuya tarea puede comenzar con el salivazo lanzado al rostro de un gobernador, pequeña hazaña de un escolar ardiente (año 1856) y tener fin con la eliminación total en Ekaterinembur, de Nicolás y su familia (año 1917). Eliminación tan cruda como indispensable en una república bien organizada: La República Panrusa de los Soviets. El libro de Hélele Iswolsky, perfectamente documentado y escrito con viveza de estilo, nos da una versión muy justa de la vida y la obra del biografiado. Y nos pasea por la política social de una época tan fuerte como la de mediados del siglo XIX, incubadora de ese fenómeno de trascendental porvenir que se llamó desde su cuna «lucha de clases».

El apóstol de la destrucción universal queda retratado con maestría en los términos en que lo hace su biografista: «Bakounine presenta, en efecto, un ejemplo de talentos inutilizables. Sus fuerzas inmensas, su temperamento excepcional, eran como un brasero formidable al que no se podía aproximar nadie sin peligro.» «Pasa su vida en devorarse a sí mismo, en sacudir las columnas de un templo quimérico de cuyo hundimiento él solo iba a ser la víctima. Tal es el drama a que estuvo condenado este hombre patético y monstruoso. Prometeo, estéril o como le llama Herzen, *Cristóbal Colón sin América*, bogó siempre hacia una tierra maldita a la que no debía arribar jamás.»

El apóstol de la destrucción universal queda retratado con maestría en los términos en que lo hace su biografista: «Bakounine presenta, en efecto, un ejemplo de talentos inutilizables. Sus fuerzas inmensas, su temperamento excepcional, eran como un brasero formidable al que no se podía aproximar nadie sin peligro.» «Pasa su vida en devorarse a sí mismo, en sacudir las columnas de un templo quimérico de cuyo hundimiento él solo iba a ser la víctima. Tal es el drama a que estuvo condenado este hombre patético y monstruoso. Prometeo, estéril o como le llama Herzen, *Cristóbal Colón sin América*, bogó siempre hacia una tierra maldita a la que no debía arribar jamás.»

Pero si él no llegó jamás otros han llegado, y al comenzar su obra para convertir en bello y benéfico el país maldito en que pusieron su planta, dirigen un recuerdo entrañable al sombrío precursor.